

---

DIRECTORA HONORARIA

La Serenísima Sra. D.<sup>a</sup> María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

---

Núm. 33

Salamanca, Marzo de 1917

Año IV

---

## LA SEMANA SANTA EN LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

### RECUERDOS DE HACE TRES SIGLOS

**L**LEVADO de nuestras aficiones a revolver papeles viejos, hemos tenido la fortuna de tropezar con algunos, que detallan particulares referentes a las fiestas celebradas en la Universidad de Salamanca durante la Semana Santa de 1617; fecha curiosa en los anales de esta ciudad, porque de ella data la piadosa costumbre de entrar las procesiones en los Claustros universitarios.

De los varios papeles que hemos leído, resulta, que, reunida la Universidad en Claustro de Diputados el día 11 de Febrero de 1617, el Dr. D. Pedro de Vega, Primicerio, propuso a los reunidos que vieran el modo de hacer Monumento en la Capilla de San Jerónimo de Escuelas mayores, durante la Semana Santa, y tomasen las providencias que estimasen necesarias para ello. El Claustro, después de



haberlo tratado y conferido, acordó remitir la cuestión al Claustro pleno, y el Rector quedó en convocarle lo antes posible.

En virtud de este acuerdo, el Rector, D. Gaspar de la Cueva y Mendoza, reunió el pleno en 14 de Febrero: leída la cédula de llamamiento, puso a discusión lo acordado en el de Diputados respecto al Monumento de la Capilla. Aunque algunos claustrales, como el maestro Ramírez de Arroyo y otros, opinaban que no debía hacerse más Monumento que el que se hacía en la Capilla del Hospital del Estudio, por los muchos gastos que se originarían, el Maestrescuela, D. Francisco Arias Maldonado de Sotomayor, y la mayoría de los claustrales, eran de parecer que debía hacerse y de que se celebrasen los Divinos Oficios con toda majestad y grandeza en la Capilla de Escuelas; y habiendo prevalecido el dictamen de la mayoría, se dió comisión al maestro Fr. Bartolomé Sánchez y a los doctores Pedro de Vega, Primicerio, Juan de Pareja y Pedro Ruíz Barrio, para que dispusiesen lo que se debía hacer. (1).

---

(1) Algunos pormenores de las disposiciones que tomaron estos Comisarios hemos hallado en el *Libro de Descargos de cuentas generales de 1616-17*. En él hay varias libranzas autorizadas con la firma de todos o algunos de estos Comisarios, y de ellas resulta: Que al maestro de carpintería de la Universidad, Cristóbal de Tolosa, se le dieron 300 reales a cuenta para hacer hacheros, linternas, antes para ellas, un arca para el Santísimo Sacramento, y otros recaudos, para el Monumento de la Capilla de Escuelas. Que a Antonia de Rueda, comerciante, se le compraron cinco varas y media de raso carmesí a 19 reales vara, y tres varas y media de frisa a 4 reales vara, para guarnecer el arca del Santísimo Sacramento de la Capilla de la Universidad. Que a Francisco García mercader de joyas, se le compraron seis onzas y media de pasamanos de oro fino de Sibilla (*sic*), concertados, a 12 y medio reales la onza, para guarnecer el arca del Santísimo Sacramento de dicha Capilla. Que al cerrajero, Juan Rodríguez, hubo que darle 36 reales por saldo de una cuenta de 20 cañones para blandones para la Capilla el día de Jueves Santo, y de una cerradura, un alamud y dos aldabones para el arca del Santísimo. Y finalmente, que a Juan Domínguez de la Presentación, tintorero, se le pagaron 4200 maravedís por teñir de negro doscientas ochenta varas de angeo para hacer paños de lutos para la Universidad. Además al Primicerio se le dieron 110 reales para las distribuciones de los capellanes de la Capilla el Jueves Santo y 10.000 maravedís para entoldar el Viernes Santo y el día de Pascua las calles por donde pasasen las procesiones. Sumadas todas estas partidas se justifica la inversión de 36.340 maravedís, cantidad que, sin temor a pecar de exagerados, podemos hacer equivalentes a unas 2.500 pesetas de nuestra moneda. Como tenemos la seguridad de que no fueron estos solos los gastos, hay fundamento para pensar en que la Universidad tuvo especial satisfacción en celebrar con solemnidad las fiestas de Semana Santa en su Capilla.



JESÚS RESCATADO. DE LA PROCESIÓN DEL ENTIERRO DE LA SEMANA SANTA  
DE SALAMANCA

No se vuelve a hacer mención en los Claustros de la Universidad de tal asunto hasta el Sábado de Ramos, 18 de Marzo de 1617. En este Claustro propuso el Primicerio que supuesto que la Universidad tiene el Santísimo Sacramento en la Capilla, sería bien que las procesiones de Disciplinantes (salía el Jueves Santo por la noche) y las demás, pasasen por ella, y añadió que había oído a Caballeros y Cofrades, que la Cofradía de la Cruz lo haría con mucho gusto. En vista de estas manifestaciones la Universidad acordó hacer constar que estimaría que dichas procesiones entrasen en Escuelas mayores y aun en la Capilla, si había comodidad para ello, y encargó que en este sentido el Primicerio y el Dr. Juan de Valboa, visitasen a la Cofradía de la Cruz.

Los libros de Claustros nada nos dicen, como es natural, de cómo hicieron su cometido estos Comisarios, pero hemos podido examinar los *Libros de Acuerdos* de la Cofradía de la Cruz, (1) y hemos leído en el acta del Cabildo celebrado a 21 de Marzo lo siguiente:

«Diose un recaudo de como de parte de la Universidad desta Ziudad y Claustro della pedian licencia para entrar en este Cabildo dos Señores Doctores, y se salio por ellos, y entraron en el dicho Cabildo los Señores Dotor Juan de Valboa, cattredatico de Decreto (2), y Don Pedro de Vega, cattredatico de Dijesto Viejo (3), y estando en el dicho Cabildo dixeron como la Universidad les enviaba a pedir y suplicar que la Cofradia tuviese por bien y fuese serbida de que las prozisiones que hace de los Nazarenos, Diziplina, Entierro de Nuestro Señor y Resurrezió entrase por las Escuelas maiores, por delante de la Capilla donde está el Santisimo Sacramento, entrando por una puerta y saliendo por la otra, en razon de lo cual dieron su embaxada, y por el Cabildo les fue respondido y que en todo lo que ubiese lugar se ariá y para ello se beria y enbiaria respuesta, con lo qual se salieron del dicho Cabildo. Y luego se trató de lo que se podia azer y abria lugar, y los daños e ynconbinientes que resultaban, sobre lo qual ubo pareceres y cada uno dixo lo que le parecia conbiniente, e bisto e considerado y las partes por donde han pasado y pasan las dichas prozisiones, y vien bisto, acordose que las prozisiones de los Nazarenos y Diziplina (4) entren y pasen por las Escue-

(1) Aprovecho la ocasión para dar una vez más las gracias a todos los señores a quienes debo haber logrado esta satisfacción.

(2) Fué nombrado Catedrático de Decreto en 31 de Mayo de 1616.

(3) Había sido nombrado Catedrático de Digesto Viejo en 1616.

(4) La procesión de los Disciplinantes, según el referido *Libro de Acuerdos*, salía de la capilla de la Cruz el Jueves Santo por la noche. La de los Nazarenos, llamada también de Penitentes de cruces, fué creada en virtud de acuerdo tomado por el Cabildo de la Cofradía de la Cruz en 2 de Enero de 1616: se haría todos los años, saldría de la iglesia de la Cruz el Viernes Santo por la mañana, se encaminaría al Humilladero de Jerusalén, y de allí al Calvario por el campo, si-

las mayores, entrando por la puerta principal del Desafiadero y saliendo por las puertas fronteras de la Yglesia Catedral, de donde las procesiones, prosiguiendo, bayan a entrar por la puerta principal de la Santa Yglesia Catedral antigua, atento a parecido en ellas no aber ynconbinientes, y para las procesiones del Entierro de Nuestro Señor y Resurrecion (1) se bera lo que se puede acer en ello, y para dar la respuesta al Claustro se cometió a los señores Don Pedro de Cuñiga y don Sancho de Fonseca, y por los inconbinientes que an resultado y pueden resultar, en quanto a las dos proçesiones del Entierro y Resurrecion, no puedan entrar en Escuelas, ni por otra parte ninguna, como está acordado en las Hordenanças sino es en la dicha Iglesia Catedral».

Aquel mismo día los Comisarios D. Pedro de Zúñiga y D. Sancho de Fonseca (elegidos en Cabildos de la Cofradía Alcaldes de Santo Tomé y San Benito respectivamente) dieron cuenta al Claustro de Diputados de la Universidad de Salamanca, de parte de la Cofradía de la Cruz, que los doctores Valboa y Vega habían pedido en nombre de la Universidad que las procesiones que la Cofradía hace durante la Semana Santa pasasen por las Escuelas en atención a que está en la Capilla el Santísimo Sacramento, y que la Cofradía había accedido con mucho gusto a lo pedido en lo referente a las de Nazarenos y Disciplinantes, pero no en quanto a las del Entierro y Resurrección por no entrar en más iglesia que la Catedral. El Rector, en nombre de la Universidad, agradeció la atención a la Cofradía,

---

guiendo las cruces. Al año siguiente, según consta en acta del Cabildo de 19 de Febrero de 1617, se varió algo el camino que había de seguir la procesión, y se acordó también que se hiciese el Miércoles Santo por la tarde, para evitar los inconvenientes que resultaban de ser la noche del Jueves la procesión de Disciplinantes y haber el Viernes sermón de Pasión en todas las iglesias a la misma hora de la procesión.

(1) Los *Libros de Acuerdos* de la Cofradía de la Cruz insertan datos curiosos acerca de estas procesiones. Aunque la Cofradía no andaba sobrada de recursos, según puede deducirse de la lectura de las actas, se acordó sin embargo, en Cabildo celebrado a 10 de Febrero de 1615 que «se aga el Intierro de Nuestro Señor el dicho Biernes Sancto cada vn año perpetuamente para siempre xamas», y que saliese de la Iglesia de la Cruz. Como para hacer el Sepulcro y Figuras (quizá lo que hoy nosotros llamamos Pasos) hacía falta dinero, y la Cofradía no lo tenía, empezó a pedir limosnas a unos y otros. La Ciudad dió 100 ducados; el Cabildo Catedral y la Universidad 50 ducados cada uno; el Obispo, don Luis Fernández de Córdoba, 20 ducados; muchos caballeros de la ciudad y mayordomos de la Cofradía dieron hasta 300 reales, y los demás caballeros cofrades limosnas que no fueron menos de 10 ducados; pero al lado de ellas hay otras, hechas por gente pobre, como la de un Francisco Hernández, aguador a la Madalena, que dió un real y un Andrés Alonso, hortelano a la Vega, que dió otro real. Siéndonos imposible extendernos más, diremos, para terminar, que con la buena acogida que tuvo la idea pudo celebrarse la procesión aquel año. La procesión de Resurrección se acordó en Cabildo de 14 de Septiembre de 1615, se hicieron ordenanzas para regular estas procesiones y se acordó que se hiciese por vez primera el día de Pascua de 1616.

y los dichos caballeros se salieron del Claustro. La Universidad entonces se ocupó de lo que debía hacer para corresponder a la distinción que se le hacía, y acordó que el Rector, con seis u ocho señores doctores, las recibiesen (I) y que él mismo reparta entre los doctores y maestros las horas en que han de velar al Santísimo. Además se dispuso que se dieran a la Cofradía de la Cruz 66 reales para ayuda de las camisas de pobres vergonzantes, porque con ello, como decía en su petición el Mayordomo, la Cofradía recibirá merced y los pobres limosna.

Y ahora, lector, considera si ha valido la pena de leer estos recuerdos, y si crees que no, como la memoria olvida con más facilidad que retiene, no te preocupes de ellos, y pronto se te pasará el atasco; pero si crees que la tradición universitaria tiene algún valor en la ciudad, no olvides, al menos, la puerta del Desafiadero, ante cuya magnífica portada unas veces los estudiantes rendían adoración al Señor, y otras, armados, formando escuadrón, se acometían fieramente para resolver a estocadas lo que no podían solucionar con silogismos.

#### A. HUARTE.

---

(I) Las inclemencias de la estación y del clima de Salamanca debieron dejarse sentir en aquellos días, porque en el Claustro de 2 de Marzo de 1618 se hizo constar que los Penitentes recibieron daño con el aire, por la correspondencia de las puertas, y que sería conveniente que se cerrase la puerta de las Cadenas, y saliese la procesión por la puerta que está junto a la casa del bedel.





## FIGURAS DE LA PASIÓN

# EL CIRINEO

**T**ono es misterioso e inefable en la sublime tragedia del Calvario. El cielo y la tierra, la vida y la muerte, la iniquidad y la justicia, el tiempo y la eternidad se dieron cita en aquella misteriosa cumbre que no acierta uno a calificar todavía, después de diez y nueve siglos que la contemplan los hombres sobrecogidos de espanto.

El Sinaí es la montaña de Jehová, montaña de espesas nieblas, de exhalaciones coruscantes y de trepidaciones horrisonas, erguida en actitud amenazadora sobre un pueblo, de dura cerviz y entrañas de pedernal, que idolatra, canta y baila en la hondonada. El Tabor es monte santo, donde las almas apenadas mitigan, como el ciervo en las aguas cristalinas, sus místicos ardores, exclamando con San Pedro: *¡Oh qué bueno, qué deleitoso es morar aquí!* Pero el Calvario... ¿Quién podrá, quién osará calificar en definitiva el Calvario? ¿Le llamaremos cumbre siniestra o monte santo? ¿Qué veremos, qué admiraremos preferentemente en su cima los cristianos, las misericordias divinas o las aberraciones humanas? A la infinita grandeza de la víctima corresponde la incomparable ferocidad de los verdugos. ¡Un Dios que muere! ¡La humanidad deicida! ¿Quién es —decidme— el personaje principal en este sangriento poema? Preguntadlo a la Historia y a la Revelación y se callarán asombradas, como los peregrinos de la fábula ante la esfinge de Tebas...

Allí convergieron las esperanzas de la tierra y los amores del cielo; allí vaciaron sus iniquidades los hombres y sus furios el abismo; allí brotó la fuente de la vida y allí bebieron mortal tósigo infinitos corazones. Un mismo tosto leño simboliza allí la muerte y

da la vida, salva y condena, ciega y alumbra, recrea y martiriza, sublima al Empíreo y precipita en el Averno. Los moradores de aquél y de éste refrendaron sus credenciales con los caracteres indelebles de una misma sangre allí vertida. ¡Sí, todo es misterioso e inefable en la sublime tragedia del Calvario!

La palpitante realidad de sus escenas rebasa los menguados cauces de la vida y de la historia y difunde en el espíritu amargas oleadas de pensamientos encontrados, por el simbolismo trascendente y la enorme fuerza evocadora que encierran sus personajes. Parecen a un tiempo seres conocidos y fantasmas impalpables. Vemos en cada uno de ellos la imagen dantesca, pero acabada, de cien y cien generaciones, cual si fueran, no hombres de carne y hueso, sino creación ideal de un genio portentosamente sintético; y, a poco que ahondemos en el conocimiento de su extraña fisonomía, desaparece el individuo y encontramos a la humanidad, nos encontramos a nosotros mismos retratados de cuerpo entero con verismo aterrador. Así Judas y Pilatos, los Escribas y Fariseos, las piadosas mujeres y el Discípulo amado, el Centurión y la Virgen Dolorosa han pasado a proverbio y cristalizado entre el vulgo cual mónstruos de perversidad o encarnaciones sublimes de heroísmo.

Así también el humilde y obscuro Cirineo, alquilado, coaccionado para conllevar la Cruz, es una maravilla, una revelación, un excelso símbolo, preñado de arte, de filosofía y de piedad.

¿Qué alma delicada y compasiva no ha envidiado alguna vez su suerte y anhelado sustituirle en su piadoso ministerio? ¿Qué corazón generoso no se ha sentido agobiado bajo el peso de alguna cruz más ligera, eso sí, pero tan áspera y dura como la del mismo Hijo de Dios?

Jesús quizás hubiera muerto de fatiga antes de llegar a la cima del Gólgota, si el mercenario Cirineo no le hubiese acompañado. Los judíos habrían experimentado honda contrariedad, viendo frustrados sus planes deicidas en la mitad del camino y a la vista de muchedumbres innúmeras. El peregrino de Cirene auxilió inconsciente, pero eficazmente la perversidad judaica.

Si meditamos con el Apóstol cómo el pecado renueva la Pasión de Jesucristo, ¿qué espíritu reflexivo no te considera, ¡oh Cirineo!, como la viva imagen del propio esfuerzo cotidiano, de las propias energías empleadas tantas veces ¡ay! en conducir, por mezquindades vergonzosas, el infame patíbulo del Justo a la sangrienta cima del Calvario?...

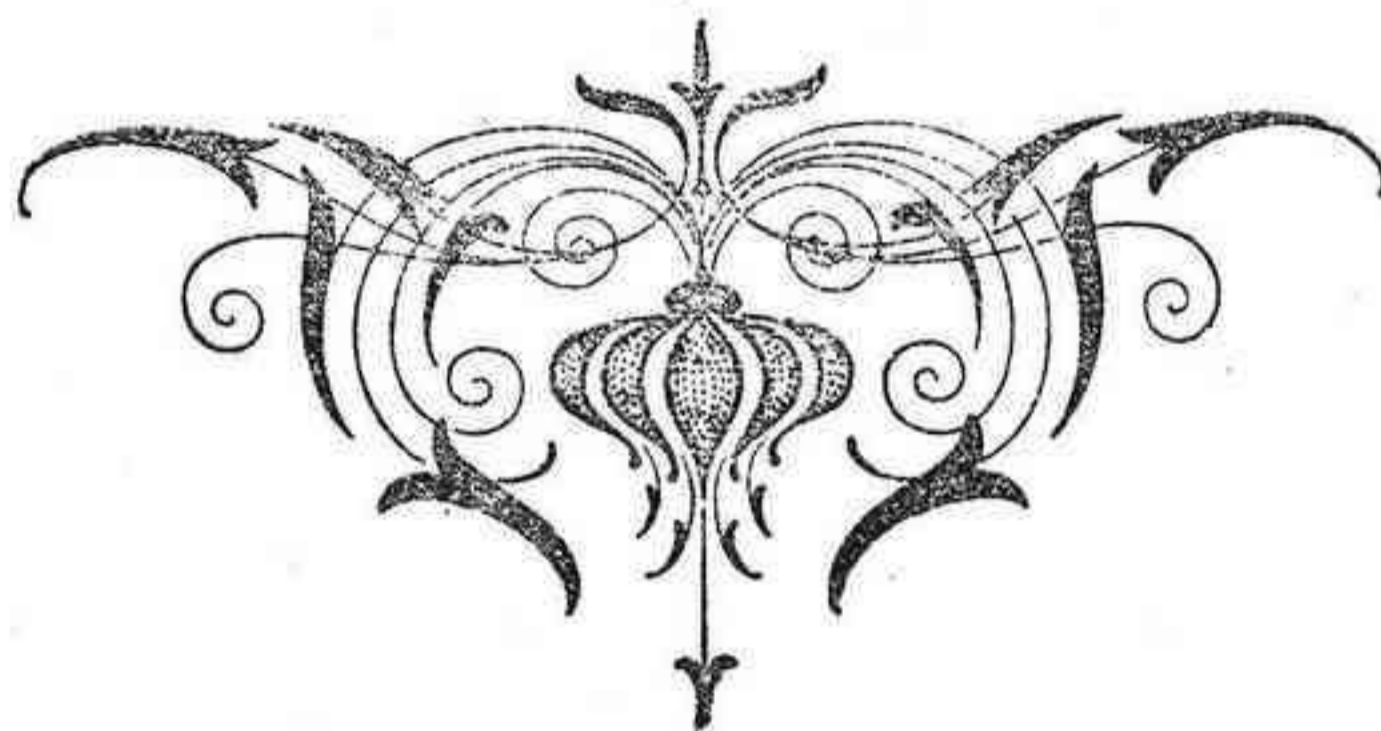




JESÚS ATADO A LA COLUMNA (OBRA DE CARMONA)

Basta, péñola mía, no derroches amargas reconvenciones, que se eclipsan ya los astros y se oscurece el horizonte y se romperán las mismas piedras...; mas los hombres, frívolos, desoirán tus consejos y seguirán impávidos las tortuosas sendas de su peregrinación inconsciente.

C. BRÜCKE.





## La Profecía de las palmas

---

Jerusalén ostenta  
todo el regio esplendor de un fausto día;  
y entre ramos de olivos y de flores,  
radiante de alegría,  
una hermosa mañana  
a recibir a Cristo se presenta  
cantando el himno del triunfal «hosanna».

En medio del hirviente  
popular clamoreo  
que de Salém los ámbitos atruena,  
entra Jesús con paso reverente  
y parece nublarse la serena  
majestad de su frente.

Late su corazón con honda pena  
que de la plebe pasa inadvertida,  
y ante una aclamación tan sin ejemplo  
exclama: «¡ay, de tu vida,  
Jerusalén querida,  
no quedará una piedra de tu templo!»

Aquellas palmas y esplendor de gloria  
con que en Jerusalén es recibido  
a su entrada Jesús, sin duda fueron  
presagios de una pompa mortuoria;  
porque ese pueblo de fatal memoria,  
con honda ingratitud inconcebible,  
el mismo fué que ante Pilato un día,  
lanzando al cielo una blasfemia horrible,  
«¡muera Jesús!» gritó con la respuesta  
que en el encono más profundo arraiga  
«¡caiga sobre nosotros

esa sangre funesta  
y sobre nuestra descendencia caiga!»

---

Pasan los años en veloz carrera;  
una legión intrépida y guerrera  
sitia a Jerusalén, tiemblan sus muros  
al empuje titánico de Roma  
y entre el fragor del bárbaro exterminio  
¡el templo se desploma  
y se cumple de Cristo el vaticinio!

---

Ved ahora a ese pueblo semejante  
al infame Caín que lleva errante  
sobre su innoble frente  
el estigma de un crimen repugnante.

Vedle de patria en patria por el mundo  
vagar desorientado  
y de cada país ser arrojado  
como un leproso inmundo.

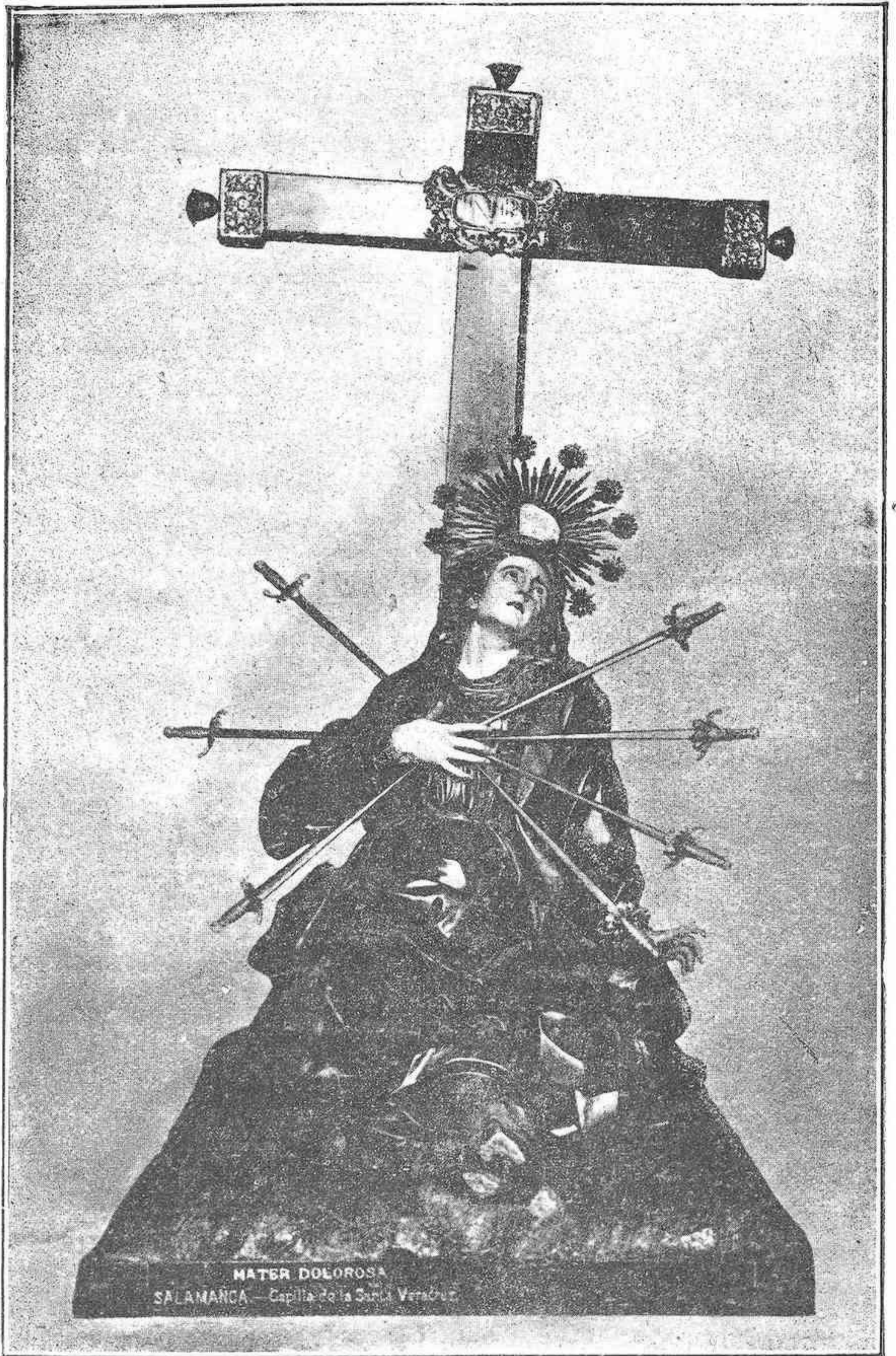
Si al través de los siglos aún persiste,  
es que la Providencia le concede  
el privilegio triste  
de que no acabe nunca y siempre quede,  
en su angustioso anhelo,  
sin ley ni patria, sin hogar ni cielo.

---

Aquel pueblo judío a Cristo niega,  
niega que es Dios y pérfido le entrega  
a muerte vil con odio el más profundo,  
y hoy, arrastrando una existencia amarga,  
¡milagro sin segundo!  
ese pueblo judío es quien se encarga  
¡de proclamarle Dios por todo el mundo!

Pedro GOBERNADO.





LA DOLOROSA DE LOS SALMANTINOS



## GLORIAS ANÓNIMAS

---

# ROGELIO RODRIGUEZ

---

**H**ABÍA nacido muy pobre, indigente—no le sonrojaba el declararlo—y cuando se dió cuenta de la triste situación de su vida, hubo de aprender por dura, propia experiencia que hay otra situación más aflictiva y dolorosa, la indigencia de los afectos, la indigencia unida a la orfandad. Quedábale sólo una hermanita de menos años que él, y dos criaturas huérfanas que en la edad de la infancia no recoge y consuela la caridad cristiana, podrán hallar el aciago mendrugo que conserve un tanto las fuerzas corporales, mas nunca el calorcillo pegadizo, suave y blando del amor, que conforta y vigoriza el alma. Así vivieron desde muy niños, solos, desamparados, el uno para el otro, de puerta en puerta para alcanzar el mohoso corrusco, de pueblo en pueblo de esta provincia, devorando las acres repulsas que llueven sobre el menesteroso: que no es moneda corriente el bienquistarse con los harapos y sonreír a la miseria.

Así peregrinaron por aldeas y alquerías, sus carnes bronceadas ateridas al soplo helado del cierzo de Diciembre o caldeadas por el bochorno sofocante de los rastrojos en el estío. ¡Infelices! siempre solos menos cuando, ya mayorcitos, viéranse acompañados de la vil manada del Hijo Pródigo, a duras penas gobernada y contenida por aquellos rapaces desvalidos. Rogelio nunca pudo olvidarlo: ¡qué tardes aquellas de invierno tan crueles! Aquellos aguaceros y celliscas que entumecían y calabán hasta los huesos, y a todo esto, los... fulanos gruñendo como unos condenados y cerdeando rabiosamente por escapar. ¡No podía ser! Había que abandonar por fuerza aquella ocupación tan baja y arrastrada. ¡Si a lo menos hubie-

ran los pobres muchachos podido satisfacer sus estómagos de blanco candeal...!

Después, cuando venían mal dadas—y érase con harta frecuencia—partíanse para N. y allí, aun cuando todas las puertas se les candaran, de par en par y francas se les abrían las del párroco del pueblo, que no les escatimaba las preguntas, las caricias y las sopitas calientes a la una de la tarde. ¡Indole más especial la de aquel cura! Con el más fútil pretexto departía con ellos de largo: no podía el buen señor olvidar la primera entrevista que con ellos tuviera. De súbito y de manos a boca se encontró con ellos saliendo de paseo una tarde, y después de darles su mano a besar (tal hacía con todos los rapaces de la feligresía), entráronle derechos con estas dos salidas infantiles, a boca de jarro, que conmovieron y lastimaron hondamente su corazón paternal: ¡Mi hermano no tiene pan...! ¡Mi hermana no ha comido nada...! ¡Bonito exordio! pensó el buen pastor, y... *vinum non habent*, dijo, recordando el pasaje de las nupcias de Galilea. ¡Pobres hijitos!, siguió hablando consigo mismo; sin padre, sin madre, sin parientes próximos... todo se lo barrieron las pertinaces fiebres pasadas, el tifus que... no vuelva.

Y dándoles un pedazo de pan, prosiguió: ahí están, nada dicen, de nada se quejan, todo lo parlan con los ojos estos niños-esfinges. Y por aquistarse su confianza de ellos, al niño mandó al prado a buscar el potro, y a la niña con la *señá* Tomasa, que en estos lances, no obstante ser de carácter hosco y de genial desaparecible y áspero como una almohaza, interpretaba de perillas las intenciones del venerable párroco.

A Rogelio los ojos le chispearon y se le animó el semblante cuando oyó lo del caballo, y ya presentía el ansia y placer locos de una vertiginosa carrera por el prado; pero, añadió el cura, le dices al yegüero que le ate la soga a la boca y te le traes del diestro, ¿oyes? No te montes, que de vez en vez suele dar sus corcovos y... no tengamos costalada.

El chico hizo por toda contestación un gesto de asentimiento dudoso y se alejó a pasos largos, pensando para su capote: ¡jollo! que no lo monte! ¡tan *güeno* como es! Dicho y hecho: llegó al prado y, sin encomendarse al yegüero, montó el cuadrúpedo y el viento hubiera envidiado su velocidad, como cuando corría las liebres en la llanada. El potro que sintió aquel peso tan liviano y las riendas flojas, lo hizo con ganas, a más y mejor, bebiéndose los vientos, si es que los vientos son bebederos, y como saboreando y go-

zando el vértigo de la carrera, hasta dar una hocihada brusca en un carro atravesado a la revuelta de una callejuela.

El jinete brincó ligero, como lanzadera en telar, por las orejas del noble bruto, que se paró en seco, oliendo al muchacho tendido, como haciendo sentimiento por el desaguizado. En esto aparece D. José por el otro cabo de la calle, e incontinenti se hizo cargo de la catástrofe. ¡Lo mató, lo mató! dijo, y acelerando su andar, se encontró con que Rogelio ya se levantaba como si tal cosa y el caballo con una ligera erosión en la parte superior de la nariz.

Bien claro te lo canté al oído, dijo el cura. ¡Son el mismo demonstre estos chicos! Caen de lo alto con el desplome de una saca de patatas, y no se hacen nada: *minuisti eum paulo minus ab angelis...*, sin lo demás de la letra. Por el número de caídas, debían fenecer a cada instante innumerables muchachos, el 98 por 100, lo menos; pero las caídas de los rapaces, continuó filosóficamente don José, todas son... veniales: las nuestras, las nuestras sí que son... ¡Válgame Dios!... Y añadió, encarándose con el muchacho: total, el susto y nada más ¿verdad? Nada, Sr. Cura, afirmó Rogelio, llevándose la mano hacia el cuadril derecho.

## II

Allá por el año de gracia de 1896 nuestro héroe había, aunque con dificultad y recios aprietos, venido a estado de hombre cabal. Y éralo así, como quiera que las cosas se miraran; cabal por el desarrollo de su persona, y más que todo, por su hombría de bien de que a la larga había dado señaladas muestras. El Sr. Cura, que le había visto crecer y triunfar sereno de las duras pruebas que se habían sucedido en su vida, estaba realmente satisfecho, orondo del comportamiento del muchacho. Muy pocos en el lugar hubieran podido como Rogelio, arrostrar un examen minucioso de su vida, sin que aparecieran pequeñas resquebrajaduras y quiebras propias de la mocedad. ¿Quién podría vanagloriarse de no haber cometido algún desliz hijo de la irreflexión y de la juventud?

El hombre había seguido como Dios le diera a entender los altibajos tan veleidosos, de la vida trabajosa que llevaba, sorteándolos con igualdad de ánimo y constancia varoniles; que la pobreza oprime y abate un tanto cuanto el ánimo, mas nunca debe acoquinarse y amilanarse para seguir aguantando. Para entonces hacía ya



largo que se había desencadenado con furia violenta la insurrección en la isla de Cuba; acababa de estallar también en Filipinas.

Nunca se diera en el mundo espectáculo semejante entre la ingratitude y la ineptia, y todavía hoy no sabemos quién a quién sacaba de puja, si los colonos avispados y ladinos o los incapaces gobernantes metropolitanos. Sea que la apatía y desaprensión de nuestros prohombres llegasen a su colmo o que el organismo nacional estuviese en franca y rápida descomposición, soltándosele coágulos de nuestra sangre, que ya no circulaba y pedazos de nuestras carnes, resecadas en la inacción y en el abandono, bien pareció aquella la hora fatal y apocalíptica de nuestra patria.

El nombre de la isla de Cuba sonó entonces en los hogares españoles con eco trágico: su memoria venía a la de nuestras madres, como el matadero de nuestra juventud entusiasta y lozana, como sangría suelta, alocada en nuestros menguados haberes y también ¡ah! como vertedero de concupiscencias inconfesables, que de todo hubo, para solaz y logro de los insaciables pulpos de allende y aquende, todos con sus tentáculos en Madrid. Ello fué que nuestro mozo Rogelio, llegado el tiempo de su leva, se agregó maquinalmente a una pandilla de inconscientes de la localidad, que, como él, habían sido con antelación declarados soldados de la patria por la ley. La víspera de la partida vociferaron mucho, hicieron mucho estrépito por las calles de su pueblo, y roncos y muertos de sueño, esperaron la mañana de despedida.

Estaba en uso; ¿y quién se hubiera atrevido en tales casos a manifestar apocamiento de ánimo? Dase, además, en la juventud el fenómeno de que los temores, cuando son de consecuencias sin tomo y baladíes, sobrecogen y adormecen el espíritu, así como los temores exaltados de un gran peligro conjúranle a arrostrarlo y a vencerlo, sin que sea dado ver de dónde nace esa fuerza desconocida. Partieron cuando ya el sol bañaba en su luz y templanza de primavera aquellas casitas humildes, de adobes, pero que, con rumbo a horizontes desconocidos y sin término, parecían nidos amorosos, donde se alienta y se vive al calor suave, reconfortante de los poemas del hogar, entraña viva, palpitante de nuestro sér, poemas de amor y de sosegada ventura, dulce como un ensueño.

Salieron y ¡qué éxodo, santo Dios! la tristeza flotaba sobre aquella escena, no obstante el sesgo que los quintos se esforzaban en vano por dar a la despedida, afectando alborozo: en las afueras del pueblo quedaban los parientes y amigos, cavilando sobre los más

infaustos augurios, cabizbajos; los que se alejaban parecían sombras mudas ambulantes, heridas por el infortunio; los padres y madres de los quintos sentían el corazón estrechado, oprimido por una pena angustiosa, indecible. Sólo nos fijaremos, sin embargo, en una lugareña joven que seguía también a la comitiva. Sin ser hermosa, pareciólo muy mucho. Dijérase que el sentimiento ponía sus tintes más delicados para realzar, para afinar y suavizar la tez y los rasgos de su semblante moreno. Sus ojos rasgados y con espesas pestañas negras, que parecían sombrear hasta la curva suave de sus mejillas, ligeramente pálidas, daban a su rostro la profunda expresión de un vehemente dolor que estallara en lo más hondo de su pecho. Nada decía ni parte alguna tomaba en la conversación escasa de aquella triste caravana.

De cuando en cuando hurtábase a las miradas de sus acompañantes para enjugar las ardientes lágrimas que hacían traición a su deseo: no quería dar rienda suelta al llanto, por si las lágrimas podían contristar el corazón de su hermano. Dos horas después, en el hervidero y confusión de gentes que esperaban en la Estación de Salamanca, muy pocos pudieron darse cuenta del abrazo anhelante, prolongado de los dos hermanos que pusieron en él todo su amor y sus ansias infinitas. Pero yo, testigo presencial de la partida del quinto, te juro, lector, que nada pudieron decirse, no obstante que los dos corazones palpitaban al unísono y con violencia, sin duda, porque los dolores fuertes y hondos, los dolores enérgicos nunca aciertan a balbucir el menor acento en el idioma del dolor. Sólo, al partir el tren, se vió como anonadada y sin sentido a la pobre lugareña, estribada ligeramente en la jamba de la puerta de salida de la Estación: semejábese a la estatua de la pena, herida y yacente, con solos sus ojos lánguidos y llorosos alzados a la inconmensurable extensión de los cielos...

El tren avanzó rápido, como fiera desbocada por las llanuras, agregándose en las estaciones del tránsito, igual que niños atontados, otros pelotones de quintos y reproduciéndose las mismas dramáticas escenas que en Salamanca. Y así en pelotones, llegaron a Valladolid a la puerta del cuartel de caballería, guiados por un oficial del arma. Ante su inmenso portalón tenía el cuartel una plazuela muy capaz, toda ella, menos en su entrada, circuída de grueso muro de piedra, de escasa altura. La del edificio y la suntuosidad fastuosa de su fachada, más que elegante recargada de símbolos atrevidos de arte religioso, indicaba haber sido antes que morada

del ruido y estruendo de la caballería, asilo y santuario de la penitencia y del retiro; que nuestros abuelos cuanto fueron de estrechos y rígidos para consigo mismos, tuvieron de liberales y magníficos para con Dios y su culto.

Desde el 35, de memoria infausta, en que sus moradores fueron o dispersados o muertos, como bandada de pájaros inofensivos, había aquel santuario de la oración corrido la misma suerte de tantos otros como la revolución inmunda manchó y profanó. Nada más llegar, los malformaron a todos a lo largo de la entrada para incluirles en la relación del cuartel. De seguida el sargento Contreras salió del cuerpo de guardia y se encaminó hacia los reclutas con aire de perdona vidas y agitando sus hercúleos brazos. Este sargento había llegado a adquirir cierto relieve en el escuadrón: era instructor de quintos ya tradicional y casi inamovible y al mismo tiempo alma de la oficina, viviendo en la milicia y de la milicia, como el pez en el agua, como parásito en costura, reenganchado en el servicio poco menos que desde tiempos de Calomarde.

Con lo que se sobreentiende que estaba chapado al antiguo cuño y régimen, duro, inflexible y a la vez musculoso y fornido como un atleta. Entrado ya en años como parecía los muy largos, que llevaba de servicio éranle el mejor salvoconducto para sus pifias y fechorías. Todo en él era de color rojo vivo: la barba roja, lengua hasta la cintura; rojas las manazas y la cara, y hasta una berruga; a caballo en el extremo de la nariz, grande, apezonada, rebelde a los mas enérgicos resolutivos. Decidor y charlatán como por castigo, no callaba nunca el tal sargento, así lo aspasen; zumbón a ratos, chocarrero y con ribetes de cínico, las más de las veces, como que la conciencia formada en la atmósfera del cuartel, no le estorbaba ni poco ni nada para sus chocarrerías de dudoso gusto y para los cuentos y anécdotas que ensartaba en hiladas interminables de color subido; tal era Contreras.

—¡A ver, firmes! dijo al llegar. ¡Uno al frentel

El cabo acompañante indicaba al primero de la fila se aproximase al sargento que escribía sobre una mesita. Y se adelantó un bisoño de recia compleción, buena talla, carirredondo, tez aniñada y sin sombra de bozo.

—¿Cómo te llamas?

—Ruperto.

—Ruperto, Ruperto, continuó maquinalmente Contreras, mientras escribía. ¿Por qué entraste en el huerto? Porque estaba abierto. ¿Apellido?

—Sánchez.

—Sán-chez. Raro en verdad. ¿Pueblo?

—Garrobiyaz.

—Garrobiyaz, Garrobiyaz. Será Garrobillas, como si lo viera. ¿Provincia?

—Cáceres.

—¡Vaya! Será Cáceres. ¿Eres andaluz?

—No *ceñor*, eztremeño.

—Bien. Afeitarse pronto y afilar un poco la lengua, amigo. Como tú hablaba el niño bitongo del Vicealmirante Porreta de ahí del Canal. ¡Otro al frente!

Y salió un Hércules casi como Contreras, alto, fornido y guapo. El interrogatorio consabido siguió:

— ¡Hola, buen mozo! ¿tu nombre?

—Atilano, contestó el recluta.

—Ati-la-no, escribió el sargento, y hablando según costumbre: Atilano fué un villano que se llevó el grano, al grano se lo comió el milano, etc., etc. ¿Apellido?

—De la Iglesia.

—¿De la *Inclusa*?

—No, señor; de tan honrada madre como la de cualquiera, y estoy dispuesto a...

El bueno de Atilano quedóse sin pulsos; le centellearon los ojos y los puños se le cerraron; era la primera vez que pudo haber oído una insinuación atrevida contra la autora que él tanto amaba y veneraba de sus días. El sargento recogió velas, y no te alteres, dijo, por una nimiedad; eso de alterarse por tan poca cosa debió ser de buen tono allá en tiempos del rey Palotes, cuando las mujeres eran más... mujeres que ahora ¿me entiendes? Cálmate, hombre; no vayas a morirte de un ataque de aprensión, como mi abuelo, que Dios perdone, que como era un avaro de los que dicen *jórdago!*, costóle muy poco creer que su estómago padecía de atonía irremediable: no comió y... *reventó* de hambre o de aprensión o de las dos cosas a la vez: *requiescat in pace*. ¿Pueblo?

—Villavendimio.

—Vi-lla-ven-di-mio. Vendimia donde haya uvas, donde hay uvas hay buen mosto, donde buen mosto buen vino, donde buen vino borrachos. Villa-bor-rachos.

—No, señor, atajó el recluta: borrachos donde no hay vino, camisas donde no hay lino.

—¡Vaya, hombre! Nos ha salido jaque el niño. ¿Provincia?

—Zamora.

—Za-mo-ra. Cerca de Portugal ¿no?

—No, señor; cerca de Valladolid.

El sargento le miró de arriba abajo sonriéndose y pensando para su *guerrera*: no pasarán ocho días sin que a este guapo le ponga yo los cinco dedos en la cara. ¡Otro al frente!

Y se aproximó un mocito de talla escasa para el arma, desmeдрado, cenceño, de andar mesurado y con atildamiento. Tan luego como Contreras húbole echado la vista encima, se le arrugó el entrecejo, preguntándole a seguida con visible sequedad: ¿Nombre?

—Anselmo.

—¿Anselma?

—Anselmo.

—¿Apellido?

—Val de Dios, Dóriga, Pérez y Rodríguez.

—¡Basta, basta! ¿Nada más? Ni que fueras... portugués. Por eso me apestan los señoritos de las capitales; todos me huelen a lo mismo, a *pitimini* y a Mariquita Sin Gustos. ¿Pueblo?

—Vayadolid.

—¡Uff! ¡Otro al frente!

Y se llegó hasta la mesa, tímido y con la vista baja y notable rubor en el rostro, un quinto de buena estatura, enjuto, cetrino, cara alongada, piernas ligeramente estevadas.

—¿Tu gracia, *buen hombre*?

—Rogelio.

—Rogelio, Ro ge-li-o; con seguridad que no te sobrarán tocayos, porque Juanes hay en todas partes, y en esta *colección*... una alforja llena; pero Rogelios... ¿Apellido?

—Rodríguez.

—Ro-drí-guez: ¡también muy raro!.. ¿no es verdad? ¿Provincia?

—Salamanca.

—Sa-la-man-ca: charros y toros ¿no hay más?

—No, Señor, dijo el bisoño Rogelio, sin percatarse de la sal y pimienta de la pregunta.

Y así fué aquel coracero antipático tomando uno a uno y a todos la filiación y... el pelo.

Si hemos de ser verídicos, no fué muy del agrado de Rogelio esta primera impresión, bien que en nada disconforme con la corta noticia y referencias que él tenía de la vida de cuartel, no ignoraba nuestro recluta que, después del mal trago pasado, otros más

desapacibles e ingratos habría de depararle su mala ventura. Los presentimientos no tardaron muchos días en verse rigurosamente cumplidos: estaba escrito, sin duda, que había de llegarle su hora menguada.

El capitán Herrero era el ídolo del escuadrón, como que era tenido por el primero entre los pocos que se habían propuesto hacer de los soldados y del cuartel una prolongación natural de sus amores de familia; pero a Rogelio chocó sobremanera ver el continente hosco e inexpresivo de aquel oficial y la admiración y cariño respetuosos que sentía por él toda la compañía. Realmente, la persona del capitán no tenía nada de atractivo y singular que hasta ese punto despertase la querencia fervorosa de los soldados: aquella apariencia impulsada, basta, aquel entrecejo tan dificultoso, más bien inspiraban repulsión o miedo. No obstante, Rodríguez, como todos, a simple vista y luego, luego pudo notar el contraste entre las apariencias de la persona y las obras, entre el exterior resistente y casi repulsivo, y la discreta autoridad y don de mando, y muy presto y suavemente se dejó comunicar del sentimiento general: que, como los metales en el foco mismo de las calorías, fundense también y fácilmente entre jóvenes los sentimientos afines.

Mas por aquellos días había el capitán recibido una misiva del comandante, incluyendo una carta del señor cura de N., don José Gómez, recomendándole eficazmente al soldado Rogelio Rodríguez. Pocas cosas llegaban a descomponer los nervios del capitán tanto como una recomendación. ¿No eran acaso todos los soldados iguales? Sacábanle de quicio las distinciones, que con frecuencia se hacen con merma y mengua de la autoridad del que manda; pero ¿cómo negarse a la primera recomendación del comandante, que había toda la vida sido, más que paisano y compañero, amigo querido del alma?

Después de pensarlo y madurarlo con despacio, conciliaremos, se dijo en un arranque de energía casi heróica, las dos cosas: la tarde de Somorrostro, en que ese... perillán me salvó de una muerte segura e inmediata con su escuadra, y mi autoridad, la autoridad del capitán, que en su compañía está sobre todo, sí, sobre todo. No hay duda, pensaba, ese señor cura debe ser el sujeto de quien tanto me habla el comandante cuando nos vemos: bien se conoce que las corrieron juntos, como buenos camaradas, en el Seminario, que, a la cuenta, debió ser el Somorrostro de los dos. Pero, francamente, esos señores curas ¡qué frescos son! ¡Así arre-

glan todas las cosas! ¡Todo es de fácil arreglo para ellos! Creen de buena fe que a todo puede llegarse, que todo es tan sencillo como decir misa y manejar el asperges. Y luego, ¡carrasclas! me recomiendan un muchacho, pateta, patizambo o patituerto, que no sabe ni la cu.

¡Está bien! ¡Vaya un chico! Candada la boca como bolsa de avaro, ni habla ni parla, ni cuca ni muele, adusto, mal encarado, como... yo. Bien claro es que los de esa tierra llevamos aquí dentro un demontre mudo, charro y serrano que nos cose la lengua al paladar. La entrevista del capitán y el bisoño habíase verificado ya para entonces; fué un diálogo seco, desconcertante para el recluta. El infeliz se cuadró en presencia del oficial lo mejor que supo y saludó con la mano vuelta a la sién. El capitán por su parte, medio contestó, corrido de sí mismo en aquel trance y mirando vuelta la cabeza a la ventana del lado opuesto. ¿Eres Rodríguez? le preguntó.

—Sí, mi capitán.

—Estás en la relación de los que no saben leer ni escribir.

—Sí, mi capitán.

—¿Es que no has podido aprender, o es que...?

—No fuí a la escuela, mi capitán.

—¿Tienes deseos de estudiar?

—Muchos, mi capitán.

—Corriente: desde mañana tendrás con los otros quien te dé lección diaria y tu celo y aplicación harán lo demás. Y nunca olvides que en la milicia ¡como en todas partes! el que flota, flota y el que no al fondo se va y allá se queda, como los mismos plomos o como un canto pelón del río. Y que, después de todo, el que no sabe leer ni escribir, sólo se diferencia de un pollino en el tamaño de las orejas. Puedes retirarte.

—A la orden.

El capitán no dijo más a su recomendado, pero tan recio y contundente estuvo, que el recluta no supo por donde salía, pareciéndole que la tierra vacilaba bajo sus pies, siendo así la verdad que él era el que se tambaleaba, como tomado del vino. No tememos equivocarnos si decimos que desde aquel punto Rodríguez se creyó capaz de todos los sacrificios, a trueque de borrar su nombre de la relación que él conceptuaba punto menos que oprobiosa y vitanda.

## III

A los dos años nuestro recluta hallábase del todo transformado. El trueque había acaecido en él por virtud lenta, pero eficiente y segura de su acrisolada fidelidad y sumisión devota a la ordenanza, que es troquel de vigorosa formación, y más que todo, por la decidida vocación por la milicia, junto con la aplicación más perseverante. Ya para entonces había merecido lucir los galones de sargento; el mismo capitán Herrero no se hubiera atrevido a ir más allá en sus exigencias, lo que prueba el cambio habido en su recomendado. Vino a colmar los deseos y aspiraciones de Rogelio una Real orden de Guerra por la que, presupuestos varios requisitos, que en él eran favorables, se le concedía el paso a Ultramar con el grado de alférez. Cierto es que hechos de armas no contaba en su haber hasta entonces: las huelgas del Norte no habían sido más que de aparato. Aquello, decía él mismo, fué una turba de pilletes mal armados, que en cuanto la caballería desplegó en las calles y plazas, fuése todo en humo.

Ya en Filipinas, llegó a ser el teniente Rodríguez de toda confianza de sus jefes, por lo que las comisiones y servicios más delicados y de mayor peligro éranle encomendados con frecuencia, sin que se echase en él de menos la prudencia y arrojo necesarios, mas, como le repugnaban esos rebajamientos y enredos que preceden a las propuestas y la entereza de su carácter le vedaba acercarse a sus jefes, el merecido ascenso no llegaba; que los grados y empleos son a las veces para los caridelanteros y osados, suplantando servicios y merecimientos ajenos. ¡Qué bien le engañara su buena fe!

Si ello había de venir, decía, la fuerza natural de las cosas y de los hechos se lo traerían como aparejado; todo, menos deber el ascenso al padrino, favor, o malas artes puestas en uso. Llegó, por fin la hecatombe final, preparada por nuestra desidia, y los que presenciaron aquella parodia de guerra, vieron con admiración y con ira nuestro vencimiento, el león de Castilla vencido y enjaulado por las rapaces águilas yankees, de cabeza blanca e instintos innobles, la hidalguía a los pies de un pueblo, tan mercantilista y logrero, como incapaz de una lucha igual y heroica. Como otros muchos oficiales y soldados de nuestro ejército, que hubieran preferido la muerte con gloria antes que hacer entrega del sable a las hordas de la revolución y a un ejército asalariado, Rodríguez arro-



jó lejos de sí el revólver e hizo pedazos el sable amargado y fuera de sí por aquella orden insensata de rendición sin lucha, cuando se disponía a hacer muy caro el sacrificio de su vida.

En un instante cruzaron por su imaginación todas las humillaciones y angustias del cautiverio, y se sentía reherir de coraje e indignación ante el espectro de una muerte ignorada, sin gloria, sin honor en la soledad de una trocha. Y en efecto: a los seis meses de los sucesos antes narrados, ya había sido el teniente con otros prisioneros llevado de pueblo en pueblo y conducido a lugares apartados, donde lo insalubre del temperamento dábale la mano con la escasez de la alimentación, sin que pudieran los desgraciados cautivos explicarse el por qué de tanta mudanza y ajetreo, si no era el afán infantil (de no ser cruel) de los revolucionarios de exhibirlos en todas partes humillados, vencidos en demostración de lo efímero y caduco del poder de los españoles.

Aun así, el pueblo, embaido y todo como estaba de sus fáciles recientes triunfos, se resistía a dar fe a lo que estaba tan a vista de ojos: que todavía vagaba en el ambiente y en su memoria el heroísmo hazañoso de los conquistadores. Una tarde tormentosa del mes de Junio ya estaba Rodríguez, víctima del paludismo, en situación de contar los días, casi las horas que le restaban de existencia. No por esperada aquella situación, dejaba de apenar hondamente su espíritu cuando aparecía el recuerdo de la patria amada y del sér querido que dejara en ella.

En el delirio de la fiebre siempre flotaban inconexos y vagos los recuerdos de aquella humilde y tranquila aldea, de casas bajas de adobes, aquella espadaña tan airosa de su torre, envidia de los pueblos del contorno, que parecía contemplar ufana el pacífico y animado trajín de sus compoblanos, tan sencillos y buenos. Aún la perspectiva del camposanto, a la entrada del valle, descansando grave y silencioso en la falda de un teso, ofreciendo paz y sosiego perdurables, eternos, al incesante tráfigo de la vida, calmaba el grave quebranto y turbación de su espíritu. Hasta el pensamiento de que descansaran después de la muerte los tristes despojos de su cuerpo en aquel camposanto, érale singularmente placentero y amable. Luego, el descenso de la fiebre volvíale a la realidad espantable de su grave mal y de su cautiverio.

¡Y si a lo menos la cautividad que retiene el cuerpo embarazara el pensamiento para salvar distancias! Que el recuerdo, piadoso mensajero cuando nos mece en auras de bonanza y de dicha, nos

abisma también en las negruras del pesimismo más tedioso y sombrío cuando nos separa a distancia infranqueable del objeto de nuestro amor.

Aquella tarde la bruma y el bochorno ahogaban; si alguna vez se movía por acaso el viento, azotaba el rostro y le encendía como con ráfagas de hoguera; un sol de canícula, tropical, había caldeado y casi calcinado aquellas llanuras, que devolvían el calor recibido durante el día en bocanadas sofocantes, sin que los plantíos lozanos de las inmediaciones llegasen a mitigar en lo más mínimo aquellas olas de fuego que envolvían a los viajeros.

Por un camino espacioso, cubierto de vegetación bravía y desigual, veíase una triste hilera de camillas, envuelta en nubes de polvo, que se adelantaba con lentitud hacia las alturas próximas: eran los prisioneros enfermos, entre los que se encontraba el teniente Rodríguez. El paludismo y la disentería habían sido los mejores auxiliares de aquel clima enervante, mortífero.

En ese camino y ya en la meseta, hacíase un amplio apartadero que mucho se acercaba a la forma circular, como si hubiera presidido el pensamiento de formar allí una glorieta. Mangos gigantes, de copa anchurosa y prócer, lo sombreaban. Inmediato al centenar de esos árboles que allí se estaban, cerraba el coto la crecida maraña y seto vivo, tan espeso, que apenas dejaba divisar nada a su través. Allí fué colocado el convoy y los camilleros dejando la odiada carga, sin que uno de ellos mirase lo que llevaba en la camilla. ¿Para qué? si otros habrían de sucederles en el odioso cometido que tan a regañadientes habían aceptado.

Dos de los enfermos habían expirado ya y otros cuatro o cinco hallábanse muy próximos al trance supremo; los restantes irían sin médicos, sin medicinas, sin auxilio alguno humano, dejando la vida en aquellas angustiosas, mortales etapas. A medias palabras del sargento comandante del triste convoy, los soldados fuéronse colocando en círculo detrás del seto, dando vista al caserío comarcano.

Entre tahures de buena cepa el dinero es el aliciente o incentivo, pero a veces juegan no más que la esperanza de tenerle, valiéndose del préstamo, que en este caso era propiamente aleatorio y ficticio. Tendieron una manta raída en el suelo, y se sentaron en cuclillas sobre las culatas de los fusiles, único medio de conocer que pertenecieran a un instituto armado: tales eran sus trazas y cataruras. Así se explica que la escasa gente del poblado vecino al lugar se mostrase reacia y desconfiada, sin tratar de dar pábulo a la

curiosidad, acercándose; no eran sin duda de fiar aquellos soldados improvisados. El buen sentido y la experiencia que tenían de casos anteriores les hizo conjeturar que la abundancia de vino y de cigarros podría ser el mejor expediente para su defensa de otras exacciones y violencias más costosas.

Tan pronto como empezaron a beber, bien se notó de luego a luego que menudeaban los gritos descompasados, las reyertas y la bullanga. Entre la algazara y libaciones de aquella soldadesca, aún se oyó a un pobre moribundo clamar: ¡Madre, madre! ¡Virgen del Pilar! Estos santos clamores levantaron protestas, murmullos violentos y carcajadas irónicas, desconcertantes.

A cierta distancia y por entre la espesa fronda vecina, habíase una india llegado a las camillas, animando y consolando a los pacientes cuanto le era dable: nunca hubiera ella olvidado las bendiciones que oyera a su padre de los españoles. En esto, llegó a oídos del sargento el rumor de que entre los enfermos se hallaba la joven dicha. Su primer siniestro fué soltar, según vieja costumbre, alguna desvergüenza, como deslenguado que era; pero en presencia de la muchacha y a vista de su gravedad y sencillo agrado, se limitó a decir: Todos tus cuidados y cariños son para esos ¿y nosotros?

—Primero son los más necesitados ¿no es verdad, sargento?

—Mira si tienes algo en casa que echar a perder...

—No, señor; no hay sino unos fréjoles, o unos tomates...

—Los tomates solos no hacen juego, comadre: en el presidio de Manila nos los daban con bacalao pestilente de los españoles: con pollos estarán más gustosos.

—Uno solo había en casa, dijo sencillamente la joven, y está cocinando a la lumbre mansa para los enfermos. ¡Pobrecitos, cómo van!

—Dales solimán de lo fino, para que todos revienten, y así, acabaremos antes.

—¿Es posible que usted sienta esas cosas que dice? Los valientes suelen ser generosos... Dos han muerto ya.

—Amén, interrumpió el sargento.

—¿Y qué? ¿no se les va a dar tierra cristiana?

—A mí, tanto me da... Como si los dejáis ahí de cuerpo presente, para que los desgarran los buitres o los devore la serpiente boa.

El calor sofocante y bochorno tan molesto del día eran, sin duda, el prelude obligado de la turbonada y de la tempestad que se

avecina; densos nubarrones habían interceptado los últimos melancólicos rayos del sol poniente y anticipado la oscuridad del corto crepúsculo tropical; todo parecía anunciar los preliminares de esas mangas de agua y de las tronadas propias de la estación y de aquellas latitudes.

La tempestad en los trópicos tiene comienzos muy pausados, muy solemnes: antes de parecerse en un paraje, hácese acompañar de un rumor lejano, impreciso, vago que se transmite y difunde a través de bosques, vegas y montañas, como el bramido del oleaje del mar a los pueblos situados a la marina. Es ténue, suave y dulce al principio, como sollozo de infante o como plañido de hadas, y va después acentuándose y tomando cuerpo en sonoridades agudas y estridentes, en ecos medrosos de selva, como rugido de leones en la lejanía.

Ondas de vapor de agua, polvorientas, que se sucedían sin interrupción, a ras de tierra, a la vez que traían el calor sofocante de las vegas próximas, daban el eco entrecortado del golpe seco, desigual de las primeras gruesas gotas de la lluvia que caía sobre la abrasada llanura y sobre el ramaje del arbolado. Los relámpagos, cada vez más extensos y vivaces, los truenos, cada vez más cercanos, daban al anochecer aquel un tono y aparato siniestros. Por instantes aumentaba en proporciones indecibles la densidad de la lluvia, la violencia del vendaval, y la noche cerró temerosa e imponente.

El fulgor extraño, terriblemente fantástico, de aquellos relámpagos, cuya luz se quebraba en las copas de los árboles, iluminaba instantáneo aquellos rostros cadavéricos y aquellos cuerpos casi inertes tendidos en las camillas, como las lámparas de un panteón alumbran los huesos áridos del fondo de un osario. Los mangos crujían por la violencia del vendaval, y aquél, que parecía un recinto cubierto por las anchas copas y la vegetación exuberante, se animaba a la luz viva y momentánea de los relámpagos y al retumbar del trueno con la animación más sombría y tétrica, que aumentaban los ayes desgarradores de los enfermos y moribundos.

Uno llamaba al médico con ansia creciente en el hervor de la fiebre intensa, ardiente que le devoraba y acababa por instantes; otro clamaba por su madre, la madre de su amor, que endulzase, con la fe cristiana, los últimos momentos de su vida, tan desgraciada; los más, presintiendo las postrimerías de la vida que se les escapaba, imploraban merced y clemencia de Dios: sólo uno blasfemó de su santo nombre. ¡No supo lo que decía! Lo hizo en cata-

lán, que la lengua de Castilla, más bien que proferir, babea las expresiones y acentos que, cual dardos envenenados, se arrojan contra la majestad del Cielo. La soledad y desamparo de aquellos pobres seres completaba la tristeza y terribilidad del cuadro: que aquellos soldados allegadizos y desalmados, abandonaron el lugar y los enfermos para refugiarse en el poblado próximo.

Allí pasaron la mayor parte de la noche, entregados a excesos y libaciones, muy en carácter con sus viejas costumbres y almas ruines, sin que turbara sus dormidas conciencias el sagrado servicio a ellas encomendado. Poco antes de amanecer y sin que ninguno fuera dueño cabal de sí mismo, se trasladaron al lugar de los enfermos, que ofrecían el espectáculo más desgarrador. Pero al llegar, cuál no sería la sorpresa del sargento viendo a la joven india del día anterior en la piadosa tarea de consolar y auxiliar a los moribundos. Durante la noche, en los breves momentos en que remitía la tempestad, habíase también advertido su presencia en aquel cuadro de desolación y de muerte. Encendido en ira el sargento, sin proferir palabra, se abalanzó sobre ella, golpeándola con la culata del rifle, y fortuna grande fué que lo torpe de los movimientos por efecto de la embriaguez, diérale vagar a ella para hurtar el cuerpo a la segunda embestida, que sin duda, de más graves consecuencias hubiera sido que la primera.

Sentimos no recordar el nombre de esta heroína cristiana que, como otras muchas, fué bien ajena a los extremos perpetrados por la revolución.

El recuento fué una operación luctuosa y fúnebre: aún se oía algún que otro trueno lejano, todavía el resplandor de los relámpagos instantáneamente iluminaba aquel lugar encharcado y lodoso. De diez y seis que eran las camillas, en siete los ocupantes habían muerto, abrasados por la fiebre y empapados de la lluvia, en el abandono más cruel. De los restantes no se oían más que débiles quejidos, como si las fuerzas les faltasen del todo.

Fueron los camilleros recorriendo las camillas y separando los fallecidos; al llegar a la del teniente Rodríguez, viendo que era vivo, todos, como si una corriente eléctrica hubiera sacudido sus nervios y socavado el fondo de sus entrañas, se quedaron mudos de terror.

¿Era el remordimiento que sigue siempre inexorable, como reato fatal, a la comisión del crimen? ¿Era el prestigio de aquel nombre, cuya entereza irreductible había corrido de boca en boca y

nunca habían podido doblegar? Cuando así estaban vacilantes, sin atreverse a tocar aquella camilla, ¡criminales! gritó Rodríguez ¡cobardes! El sargento se le acercó en actitud de amenaza, descompuesto y aprestando el rifle.

Tira, dispara, cobarde; cierto estoy de que te falta valor para hacerlo de frente. El sargento al oír esto, masculló una imprecación, sin osar levantar su vista y arrostrar los fulgores, que infundían pavor, de aquella mirada terrible.

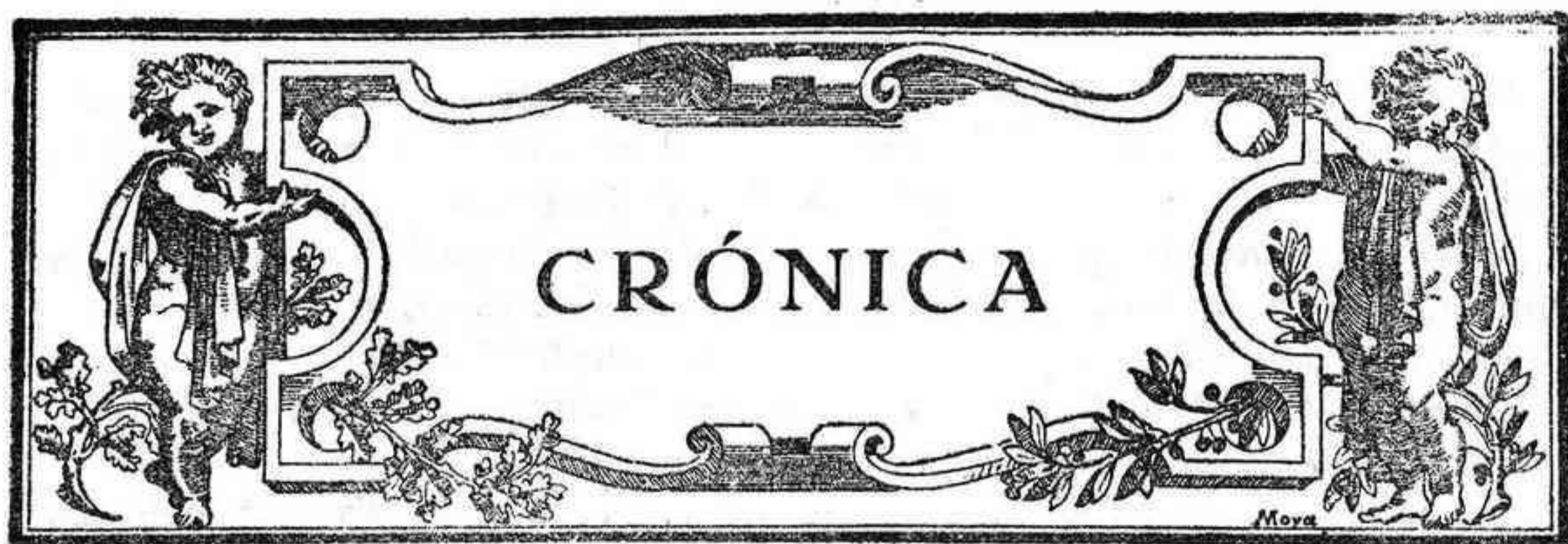
Por dos veces llevó aquel presidiario la mano temblorosa, convulsa al gatillo del arma, pero una fuerza desconocida, incontrarrestable le detuvo. Fué aquella una visión trágica en verdad; en un esfuerzo sobrehumano, señoreando el espíritu a la materia, el moribundo se incorporó lenta, trabajosamente en la camilla y comenzó a increpar la crueldad abominable de aquellos foragidos con acentos entrecortados por la debilidad que era extrema, pero con palabras tan dignas, tan viriles, que bien parecían o el revolveirse gallardo y heróico de la España vencida y ultrajada, o una aparición de ultratumba evocando austera y grave desde los confines de la eternidad el eco vibrante de la justicia hollada.

Los demás soldados habían ido haciéndose atrás mudos, cabizbajos: que el crimen difícilmente sufre la vecindad y las miradas de la virtud perseguida. El sargento había aprovechado un instante para persuadir a uno de sus malvados de que asestase un tiro al teniente desde el seto. No eran menester muchos alegatos para convencer a aquellos facinerosos, y de allí a muy poco sonó una descarga que hirió a Rodríguez en el pecho, siendo sus últimas palabras la glorificación más viril y entera de su fe de caballero cristiano y del nombre sagrado de su patria.

¡Prez al héroe! ¡Paz al cristiano y al amigo!...

El convoy siguió su marcha por los baches y barrizales del camino, sin que los hechos narrados tuviesen la sanción condigna en la tierra; sólo, sí, proyectárase su mancha negra, muy negra, indeleble ante el acatamiento del que todo lo ve y escudriña, Reparador de todas las injusticias, Juez de vivos y muertos.....

**Damián MORALES.**



**Las Pastorales de Cuaresma.**—Siguiendo loable y santa costumbre, la voz de los Prelados se deja oír de una manera especial en los días de penitencia de la Cuaresma, con gran provecho de las almas cristianas.

No intentamos detallar las magníficas cartas de los Príncipes de la Iglesia española y solamente en estas sencillas notas queremos expresar el respeto a las sabias enseñanzas de nuestros Obispos y agradecer el honor que algunos nos han dispensado enviando a LA BASÍLICA TERESIANA SUS AMOROSOS Y SABIOS escritos pastorales.

Queremos agradecer y acatar en primer lugar la de nuestro insigne Cardenal Primado el Emmo. Sr. Dr. D. Victoriano Guisasola y Menéndez, Arzobispo de Toledo. Su carta pastoral *El Papa y la paz de las Naciones*, ha causado honda impresión en nuestra Patria y seguramente producirán saludabilísimo fruto las sabias doctrinas del preclaro Purpurado.

También mencionamos con el respeto y cariño que en esta casa se profesa al Cardenal salmantino y teresiano, el Emmo. Sr. Dr. D. Enrique Almaraz y Santos, Arzobispo de Sevilla, su pastoral sobre *La penitencia*, escrita con tanta unción como rica en ciencia ascética y escrituraria.

*Las venganzas de Dios.*—Acentos penitentes. Es el tema de la Carta del venerable y Excmo. Sr. Arzobispo de Granada, en la que se pintan con escenas apocalípticas pero llenas de amorosa esperanza en el fruto del arrepentimiento, las inexorables y tremebundas venganzas del Señor.

Asunto semejante desenvuelven los Ilmos. Prelados de Badajoz y de Plasencia: *La esperanza en Dios y La venida del Salvador, Príncipe de la paz*, son los temas respectivos de sus Cartas, en las que hacen fervientes votos por el término de la gran guerra sin pareja en los fastos de la Historia y llamando cariñosamente a los pueblos para que acudan a *Aquel* que da la paz perdurable y sin treguas.

Y finalmente, con todo el cariño de hijos del ilustre Prelado que tan felizmente rige la diócesis de Salamanca, tomamos en nuestras manos y besamos el amoroso y sabio documento pastoral de nuestro Prelado y lo levantamos sobre nuestra cabeza al modo que nuestros antepasados recibían las cartas de los Reyes o los Breves de los Pontífices.

Estudia nuestro amantísimo señor Obispo, el Excmo. e Ilmo. Sr. Dr. D. Julián de Diego y García Alcolea, el doble aspecto que ofrecen las calamidades públicas con que Dios aflige a las naciones y ciertamente que entre todas ninguna llega al azote de la guerra, para que en el santo tiempo de Cuaresma, tiempo de meditación, de penitencia y de piedad, oigamos las enseñanzas de Cristo Nuestro Señor y temamos los castigos de Dios.

**Solemnidad en el Palacio Vaticano en honor de la Venerable Madre Ana de San Bartolomé.**— Obligados a suspender en este número de Semana Santa la serie de artículos que venimos dedicando a la Venerable Ana de San Bartolomé, transmitimos a nuestros lectores algunos datos de la solemnidad celebrada el día 25 de Febrero, primer domingo de Cuaresma, en el aula consistorial del Palacio Vaticano, en que de orden de nuestro Santísimo Padre el Papa Benedicto XV se dió lectura del Decreto de aprobación de los dos milagros obrados por la Venerable Ana y propuestos para su beatificación.

Con tal motivo pronunció el Santo Padre un hermosísimo discurso, contestación al del Rvmo. P. General de la Orden Carmelitana. Ambos discursos, con minuciosos detalles de este acto, se publicaron en *L' Osservatore Romano* del 26 de Febrero último, de donde sacamos nuestras notas.

Asistieron además del Santo Padre, el Emmo. Cardenal Vico, ponente de la causa de la Venerable; Mons. Tacci, Arzobispo y Mayordomo de Su Santidad; Mons. Battista, Arzobispo titular de Tebe, y otros muchos Obispos y nobles de servicio en el Vaticano.

También se hallaron presentes nuestro Embajador Excmo. Sr. D. Fermín Calbetón, su esposa y todo el personal de la Embajada; Van den Heuvel, enviado extraordinario y Ministro plenipotenciario de Bélgica y los Obispos españoles de Pamplona, Tuy y Urgel; los Superiores de diversas casas de carmelitas y muchos caballeros y damas de las colonias española y belga.

Del discurso de Su Santidad recogemos con honda emoción las palabras con que el Santo Padre recordó su visita a Alba de Tormes, al término de su estancia en España. «Mas ¿cómo podremos callar, decía Su Santidad, si ahora revive en nosotros más dulce y suave el recuerdo de una visita que casi al término de nuestra estancia en España hicimos al monasterio de Alba de Tormes? Fresca tenemos la memoria como si hubiera sido ayer, aunque han pasado más de treinta años, de las suaves emociones experimentadas junto al sepulcro de Santa Teresa y de la preciosa reliquia del Corazón transverberado...»

A continuación expuso el Santo Padre los rasgos más característicos de la vida de la Venerable, su íntima amistad con Santa Teresa, a la que acompañó por espacio de más de catorce años hasta recoger el último suspiro de la Santa Madre, de la que aprendió aquel espíritu de oración que abrasaba al Serafín del Carmelo, extendiéndose Su Santidad en sabias consideraciones sobre la oración y recomendando su santa e incontrastable influencia en la vida cristiana. Pues solamente la oración, decía Nuestro Santo Padre, puede librar nuestras almas de los miasmas pestilentes del siglo como la paloma para no perder el candor de sus alas huye de los fangos y lodazales de la tierra.

— — —

**Una conferencia notable.**— Hemos recibido la conferencia que con el título de *Notas sobre la Historia de la Universidad de Salamanca* pronunció el curso pasado el ilustre Vicerrector de esta Universidad Dr. D. Enrique Esperabé. El erudito autor de la monumental Historia de nuestra Escuela gloriosa estudia en esta Conferencia el pasado y el porvenir de la Universidad, haciendo halagüeños augurios para el *Alma Mater* que ojalá se cumplan.

---

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado.